

# BOLEÍN

DE

# PRIMERA ENSEÑANZA

## DE ESTE DISTRITO UNIVERSITARIO

Revista decenal pedagógica y administrativa del ramo, órgano de la asociación de esta provincia constantemente consagrada á defender los intereses de los maestros y de las escuelas

PREMIADO CON DIPLOMA DE 1ª CLASE EN LA EXPOSICION ESCOLAR DE VALLADOLID 1894

### PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Administración, imprenta de este periódico y casa de los señores Delegados de la Habilitación de primera enseñanza de esta provincia.

Se publica los días 5, 15 y 25 de cada mes

Dirección y Admon.: Dr. Riesco 25

TELÉFONO NÚM. 26,

donde deberán hacerse los pagos directos y todas las reclamaciones

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península é islas adyacentes, por semestre, 2 pesetas 75 céntimos.  
Por un año, 5 pesetas 50 céntimos  
Ultramar, por un año, 8 pesetas.



LEÓN XIII, el Papa de las Encyclicas y de la democracia, el pacificador de los espíritus ha *muerto*. Amigos y adversarios de la Religión divina y del pontificado, católicos y heterodoxos, los hombres de todas las ideas y de todas las confesiones se detienen presos de admiración, ante la figura gigantesca que acaba de fenecer y ante los esplendores sobrehumanos de la obra de bendición y de paz realizada durante su glorioso pontificado. Para LEÓN XIII no hay hoy más que admiración y oloroso incienso de sufragios y plegarias, y mañana no puede haber, ni la historia tendrá más que encomios y alabanzas.

Roguemos por el gran Pontífice, por su salud eterna y por que la soberanas concepciones que sobre la justicia y fraternidad cristiana, enseñara al mundo, tengan cumplida realización para bien de la Iglesia, paz de los espíritus y prosperidad de los pueblos.

Gonzalo Sanz Hernández.

Munich (Alemania) 21 de Julio de 1903.

## SECCION DOCTRINAL

### Nuestro Ilustrísimo Señor Rector pedagogo

Lo es en verdad, y en prueba de ello, insertamos íntegro el discurso pronunciado por dicho señor, notable, como todos los suyos, en la distribución de premios á los Maestros, como resultado del certamen celebrado en Orense, y que fué el siguiente:

«Al anhelo, en mí ya antiguo, de conocer esta tierra gallega, hase juntado, para traerme acá ahora, vuestra honrosísima invitación, á la que no debía rehusarme. Y no debía rehusarme, porque ella me permite comunicar y ponerme en contacto con pueblo que de tan gallardo modo manifiesta el sentido sanamente práctico que le anima y el cuidado que por la cultura se toma. Tan hermosa mansión humana como es esta tierra en cuyo regazo Orense vive, solo merece ser habitada, por hombres cultos y animosos, henchidos de fe en el progreso y del contento que la cultura cria en el corazón. Y vosotros todos, bien se ve, os esforzáis por poner vuestras almas de acuerdo con el espléndido escenario que ante ellas Dios despliega y con que las abraza, por templarlas al tono manso y dulce de vuestra naturaleza, una naturaleza humanizada, de esta jugosa campiña que seduce como un nido, predica con su perenne verdura tolerancia, é invita á vivir en paz con el cielo, con la tierra, consigo mismo y con los prójimos. Llama á las artes de la paz, que se cimentan en el esparcimiento del saber y de las luces. Toda comezón de violencia tiene que derretirse aquí, ante el reposo de estas sosegadoras frondas, hijas de tempero suave y de blandas lluvias sobre terruño mollar.



El argumento de lo que he de decirnos me lo dan, pues, el aliento espiritual que de esta tierra, vestida de verdor de infancia, se exhala, y la fiesta misma que aquí celebramos ahora, el reparto de premios á los que han resultado merecedores de ellos en este concurso regional de enseñanza. Es un acto de cultura y demanda de ella es lo que á diario se oye, con más ó menos sinceridad pedido, de boca de los españoles que piensan en que lo son. Sin ambiente favorable que le preste fomento, todo esfuerzo se endeblece primero, se esmirria después y acaba por derretirse; sin público que reciba y repercuta nuestras ideas, se apagan éstas pronto.

Presenta nuestra sociedad, tocante á instrucción y saber, grandes desigualdades, pues junto á unos pocos y muy acaudalados ricos, hay turbas y más turbas de menesterosos y mendigos de ellas; hállase la cultura muy mal repartida y en ella, aún más que en la tierra, el maleficio de los latifundios y dehesas.

Muchedumbre de gentes que ni aun leer saben, otros que es como si no lo supieran, y luego unos pocos que, aislados en sí, devorando ideas que no pueden devolver, consumiendo en demasía y sin producir apenas, atesoran conocimientos que les pondrían en otros países á la par de los primeros, y se entregan, de por fuerza, á la avaricia mental, pues sus saberes no les rinden provecho bastante en renombre é influjo, que es lo que procuran. Y es que ellos, los más cultos, saben lo que no necesita saber el pueblo, mientras lo necesitado por éste lo ignoran ellos; tajo tan hondo los aleja.

Mas este desnivel mismo pudiera y debiera ser uno de los apoyos de nuestra salvación, asiento de la hermandad y del culto patrios. Los desniveles de terreno que han hecho, en gran parte, nuestra desgracia, serán acaso mañana una de las más principales causas de nuestra reposición entre los pueblos tenidos en la debida cuenta.

La hechura del suelo patrio, tallado por sacudidas del fuego soterraño y por la lenta fríega de las aguas modelado en rápidas pendientes, ha hecho que las lluvias seculares le desuelten á chaparrones, dejando á flor sus berroqueñas entrañas, y que sus ríos, encañonados en hondas hoces, lleven raudamente al mar unas aguas que ansían con ardor las tierras, requebrajadas de sed, á cuyo pié corren aquéllas esterilmente. Pero esto mismo hace esos grandes saltos de agua, poderosas cascadas y recodos del desnivel, esa abundancia de «hulla blanca» y algún día aprisionaremos en turbinas y ruedas la fuerza de esas mismas tercas aguas, que se hurtan hoy á la sequía de nuestros campos. Y así la raíz de la pobreza de ayer se convertirá en raíz de la riqueza de mañana.

Y de parejo modo, señores, los desniveles intelectuales que hoy esterilizan nuestra cultura, esas mentes hondas y tercas que corren sin provecho para el prójimo en el hondón de bajas hoces espirituales, hurtándose á la sed de luz y de saber de las incultas masas, todo esto podrá llegar á ser firme asiento de la riqueza espiritual y de la hermandad patrias. Sólo hace falta para ello un soplo de amor que encauce esas energías hoy perdidas y la comprensión de que no es obra de misericordia, sino deber de estrecha justicia, lo de enseñar al que no sabe. Vuelve el pueblo sus ojos á los que

saben en pedido de enseñanzas, y aquel agorero ¡ay de los rebaños sin pastor! complétase con un no menos agorero ¡ay de los pastores sin rebaño!

No hay cariño como el que florece y fructifica entre maestro y discípulo. No llevo muchos años de magisterio todavía, pero andan ya por el mundo criaturas de mi espíritu, y cada vez que oigo hablar de ellos con elogio y los veo trabajar y ser valederos á sus hermanos, se me hincha la esperanza de otra vida y presiento que, cuando menos, no pasaré por ésta en balde. No hay para mí acatamiento como el que rindo á los que me adoctrinaron en algo, á los formadores de mi espíritu. Padre, *pater*, no es el engendrador, el *genitor*, sino el que apacienta ó alimenta, *pascit*, y el alimentado con pan del espíritu llevaba un nombre que hoy ha perdido por desgracia, su primitivo y hermoso significado; era *alumnus*, alumno, esto es: el alimentado:

Hay, en efecto, en toda sociedad los padres y los hijos espirituales, los que alimentan y los que son alimentados, y en nuestra familia española solo puede reinar el amor y consolidarse la patria, sacrificándose los que saben á la santa tarea de enseñar á los que ignoran.

He dicho sacrificándose, y no me arredro. Lo que vais á oír es una confesión dolorosa, dolorosísima, pero quiero desnudaros el alma de uno de esos á quienes se llama intelectuales, quiero ser redondamente franco y sin doblez. El fin, confesado ó no, de todo publicista que no trabaje para comer tan sólo, es conquistar renombre y gloria, es salvar su nombre del anegamiento en el olvido, ya que no tenga siempre confianza en salvar su espíritu del sueño último é inacabable, del sueño sin ensueños ni despertar, mar sin fondo, sin cielo y sin orillas. A medida que se amengua ó apaga la fé en la inmortalidad sustancial del alma, enciéndose un furioso anhelo de salvar siquiera una sombra de ella. La sed de sobrevivirse empuja, revuelve, acalora y consume á los hombres de hoy, no bien logran sacudirse del apremio de tener que ganar el pan de cada día. Cuantos nos ocupamos en letras ó en ciencias puras, vamos empujados por esa ansión, y cuando nos oís maldecir de la patria, encarecer nuestro atraso y fallar de irredimible á nuestro pueblo, habéis de columbrar por debajo de todo ello el despecho de pertenecer á un pueblo que no es suficiente escabel para levantarnos á la altura á que aspiramos y creemos merecer, y el enojo de haber nacido en tierra de donde tan difícil es entrar á la república universal de la fama, rebasando allende fronteras. ¿Qué culpa tengo de haber nacido español? dicen que solía decir un hombre que fué dueño de los destinos públicos de España durante muchos años; y de este mismo hombre, que mereció ser apellidado «monstruo», dicen que decía también que es sólo español el que no ha podido nacer otra cosa. Queremos un puesto en el Olimpo de las naciones y que las historias consagren un renglón siquiera á nuestro nombre, y para conseguirlo nos encastillamos en la torre marfileña, despreciando al vulgo profano y sin más que hablarle en necio cuando nos cuadra darle gusto para recibirlo de él á trueque. Y luego se dice y se redice para excusarlo que el fin del linaje humano no es otro que dar, como flor de regalo, unos cuantos



ingenios sumos, en cuyo abono han de perecer oscuramente las muchedumbres. ¡Singular blasfemia! Y Dios castiga nuestra soberbia y nuestro egoísmo, y como no buscamos ni su reino ni la justicia de éste, nos niega la añadidura de esa gloria en que soñamos noche y día.

Figuraos un hombre en cuya cabeza bullesen grandes pensamientos, vivas imágenes, hipótesis fecundas ó siquiera sugestivas paradojas, pero que se encuentra arraigado en lugar atrasadísimo, entre gentes analfabetas y miserables, aunque con hambre y sed de saber. Pídele el pueblo luces y le ofrece á cambio mantenerle según sus alcances, si se las dá, y él por su parte, además de verse, por el apremio de tener que comer, empujado á ese oficio de maestro de sus hermanos, siéntese también llevado á ello por atracción de piedad y por el tiro de la sangre. Que si es inhumano é inmoral, si es anti-cristiano regodearse en el lujo y la comodidad redundantes cuando nuestros hermanos desfallecen de hambre, no menos anti-cristiano es perderse en altas elucubraciones, en investigaciones prolijas, en aclarar puntos oscuros de ciencia pura ó en el escudriño de intrincadas cuestiones, mientras haya hermanos que no sepan leer ni escribir, ni tengan quien se lo enseñe.

Yo sé que mi alma no será del todo libre mientras en el mundo haya algo esclavo, pues es la libertad bien comunal y que la sabiduría toda puede volverse podredumbre y peste mientras la ignorancia agarrote las almas en cuya comunión forzosamente he de vivir y de grado vivo. La ciencia de monopolio y lujo lo es de maldición; deseca los corazones y apaga en ellos la lumbre de la esperanza, de la caridad y de la fe.

Horas hay en que, sucumbiendo á tentación diabólica, no hago cuenta alguna de mis compatriotas y sin cuidarme de lo que quieren y han menester saber los más de los españoles y ni aun de si los haya en la tierra, me pongo á pensar, imaginar, sentir y escribir para el público universal de los siglos, es decir, para mi mayor y más duradero renombre posible, aun á riesgo de estreñarme, como caro, por querer volar con alas de cera. Pero por una parte ni podemos ni sabemos escribir los españoles más que en español, ni hay, además, otro camino seguro de universalizarse de veras, que rebosar de la patria por haberla perinchido, y por otra parte queda en nuestro interior una voz que nos dice que nuestros hermanos en lengua y patria necesitan más que de las golosinas que podemos confeccionar de propia mano, del pan de la cultura europea; que más que nuestras paradojas, ó nuestras ocurrencias ó concepciones, por hermosas y sugestivas que ellas sean, han menester de las nociones hoy comunes y corrientes por ahí fuera.

La labor de los intelectuales en España es hoy, pues, labor de abnegación, de humildad, de sencillez, de verdadero sacrificio. Tienen que ahogar en buena parte su originalidad—los que por ventura la tuvieren—ó más bien que ahogarla, enderezarla, para dedicarse á la tarea de veras religiosa de adaptar á nuestra lengua y nuestra condición la cultura media europea. No se nos pregunta qué pensamos sobre tal ó cual punto; sino qué hay asentado y puesto en claro sobre él; no se nos pide que disertemos con ingenio ó novedad ó

profundidad sobre la escritura ó la teoría de los números, sino que enseñemos á escribir y á contar á los que no lo saben, que seamos maestros de escuela.

Una de las cosas que me han llamado la atención siempre, es ver en los catálogos de las librerías extranjeras cartillas y manuales científicos, algunos para servir de lectura en las escuelas primarias, redactados por hombres que figuran en primeaa línea entre los cultivadores de las respectivas ciencias, y mil veces, en las horas de más puro recogimiento, en horas en que logro acallar un poco el rumor perpétuo de mis entrañas que me piden sobrevivencia á toda costa, en esas horas santas de desinterés supremo y abnegación, me he propuesto no morirme sin haber escrito un libro de lectura para las escuelas primarias, cuentos ó relatos para los niños, pero tales que los entiendan y sientan de verdad ellos, y no cual los que por ahí corren, de puro ñoños y acaramelados tan falsos como ese falso balbuceo que adoptan algunos padres creyendo que así les entenderán mejor sus hijos.

Pero ¡qué flaco y miserable es el hombre! Os hablaba ahora mismo de este mi deseo como de algo redentor y desinteresado, y ved que aún en él persiste el empeño de dejar rastro, de salvar el nombre y las obras, siquiera en labios de los niños. No tan ainas se desarraiga del alma de un intelectual ese resorte de vida. Aquí, en este acto, entre vosotros, cuando se reparten premios á oscuros maestros por su labor callada, aquí me estoy confesando, y al confesarme buscando fuerzas para lograr propósito de enmienda, y en el acto mismo de confesión, incurro en el pecado de que me acuso. Si lo es tal, de él sólo nos salva la dura, santa y redentora necesidad.

Si, ¡bendita la necesidad de vivir que nos hace escribir para que nos entiendan los que nos pagan, ya que no nos pagan si no nos entienden! ¡bendita el hambre del cuerpo cuando ahoga la soberbia del espíritu! Sin esa hambre que arrastra á tantos á ganarse un mendrugo enseñando á leer al hijo del prójimo ¿habría muchos que se lo enseñasen? No os avergoncéis, pues, maestros, de vuestra indigencia, que ella es un acicate providencial para una obra que sin vosotros nadie ejercería, como es también un acicate providencial ese deseo de fama que á los satisfechos de pan les agujonea. Para que el linaje humano crezca y se multiplique, se nos dió á hombres y mujeres la querencia mútua; mas al entregarse uno á otro dos amantes, en todo piensan menos en el fruto que de su amor brote, y así también para que el linaje humano progrese y se perfeccione, se nos dió la vanagloria, y no es en los beneficios de su invento en lo que suele pensar el inventor, ni el pensador en el alcance social de sus pensamientos. Sólo que ni los padres pueden engendrar nada sano sin poner algún amor en ello, ni sin amor es fecunda la obra del maestro.

Es, pues, preciso convertir á la patria en escuela, enseñándonos mutuamente y comulgando en la enseñanza, de donde nacerá el amor. No creáis en la valía de un estadista que no sea ante todo y sobre todo educador de su pueblo. Es uno de los mejores anuncios de nueva vida el ver que desde hace algún tiempo empiezan nuestros hombres



públicos á entrar por el camino de los viajes de propaganda, á hacerse caballeros andantes, á recorrer pueblos y lugares sembrando doctrinas, convertidos en andariegos. ¿Que estas voces se pierden?

Hay quien dice que son nuestras voces voces en el desierto. No importa, pues el desierto oye. Es el silencio un vasto camposanto en el que descansan acostadas las voces muertas, y algún día, al son de la trompeta de una angélica idea, se le conmoverán las entrañas al silencio, se le desgarrará el preñado seno y subirán al cielo, á regalar á Dios los oídos, formando inmenso coro, las voces muertas, las humildes voces que como las vuestras, maestros aquí presentes, clamando en el desierto se perdieron; sus ecos resonarán en torno, más allá de las últimas estrellas. Porque hay además de esta España terrestre una España celestial y lo que en ésta se pierde, una vez sembrado, en aquélla se cosecha y gana. Todo lo que sale de los corazones á ellos vuelve al cabo, pues sólo en ellos descansa y vive; hablad y enseñad aunque no os oigan, haced de la necesidad virtud y del oficio religioso culto; que sea una oración vuestra enseñanza.

Porque oración, según los más entendidos maestros de ella, no es tanto recogerse á ciertas horas en lugares apartados para pronunciar estas ó aquellas palabras ó recorrer con el ánimo ciertos propósitos y sentimientos, cuanto es hacerlo todo de una cierta manera, poniendo un alma de confianza y unción de amor en todo, hacerlo todo por Dios. Quien al emprender una obra, por oscura que sea, pasando por sobre el salario que con ella se gana, pone el seso y el ahinco en su valor eterno, en el beneficio duradero de esa obra, en que es semilla echada al Infinito, ese ora al obrarla. Y sólo así se gana el descanso y se cosecha la paz que no acaba.

Y para nada hace falta más amor que para llenar vuestra misión, maestros de la niñez. Ved que se os entrega y confía lo más precioso del linaje.

Empeñada ha de ser vuestra labor, en efecto, ya que para enseñar á niños hay que volverse uno de ellos, acudiendo á buscar en los hondones de nuestra alma el poso puro de nuestra infancia. Y nada se pierde, sino que se gana mucho con ello, pues el niño que llevamos todos dentro, es el justo por quien se nos justificará algún día.

Yo sé deciros que el recuerdo, más ó menos claro, de nuestra niñez es la unción espiritual que impide el total corromperse del alma. En horas de sequedad y de desamparo, cuando se palpa el terrible vanidad de vanidades, cuando hastiado el ánimo de la peregrinación á través del desierto, se ahinca en el medroso misterio del tiempo y ve abrirse la sima sin fondo del vacío, cuando ante el polvo á que con el análisis lo hemos reducido todo, se ha convertido en reconcentrado y disimulado terror el infantil y franco asombro, entonces se oye en el silencio del corazón los ecos dulces de la niñez lejana como rumor de aguas frescas y vivas de escondido arroyo que sigue corriendo bajo las ardientes arenas. Y entonces, seco el gáñote y resquebrajadas de sed las entrañas espirituales, sedienta el alma en agonía, se escarba con afán el suelo hasta descarnarse las manos para

descubrir aquellas aguas y echarse de bruces á beber de ellas y recobrar así vida en el manantial que fluyendo en oscuro soterrano, logró guardar su pureza y su frescura.

En esas horas es el niño el maestro del hombre y lo debe ser, porque lo más valioso y lo mejor y lo más hermoso lo aprendimos en los balbuceos del alma; en los primeros años se fija el carácter y en ellos cuajan el genio y la figura que hasta la sepultura hemos de llevar después.

Oid lo que nos dice el dulcísimo poeta inglés Wordsworth: «Mi corazón brinca cuando columbro un arco iris en el cielo; así era cuando empezó mi vida, así es hoy en que soy un hombre; ¡sea así cuando me haga viejo ó antes muera! El niño es el padre del hombre y ojalá se aten mis días unos á otros por natural piedad.»

Es, en efecto, el niño padre y soberano maestro del adulto y crecido y un investigador moderno, Havelock Ellis, ha llegado á sostener que el progreso de la especie va de niños á niños por mediación de las mujeres; que el niño presenta en forma exagerada los caracteres diferenciales de la humanidad, cabeza grande, cara pequeña, lampiñez, delicadeza del sistema óseo. Desde el punto de vista de la acomodación al ámbito es el adulto más apto que el niño; pero considerado desde un punto de vista zoológico, todo se observa menos progreso, dice. Y añade que en el hombre desde el tercer año el adelanto, aunque de adaptación al ámbito absolutamente necesario, es en cierta medida adelanto en degeneración y senilidad. Los hombres de genio, hace observar, se aproximan al tipo infantil, son niños grandes.

Desconfío siempre de aquellos á quienes los niños molestan ó la presencia de éstos no les impone comedimiento y moderación, ni se reportan de impurezas ante ojos puros: de los que despachan á los pequeñuelos con un «vete, que esto no te importa» como si debiera decirse algo que no deba oír un niño, y desconfío de todos los que no llevan los recuerdos de su niñez á flor de alma. Tengo presentes de continuo las palabras del divino Maestro al hacer que dejasen á los niños acercarse á él: «De veras os digo que si no os volviéreis y fuéreis como niños no entraréis en el reino de los cielos; así que cualquiera que se humillare como este niño ese es el mayor en el reino de los cielos y quien recibiere á un niño en mi nombre, me recibe á mí, y cualquiera que escandalizare á uno de estos pequeñuelos que creen en mí, mejor le fuera que colgándose al cuello una piedra de molino se echase á lo hondo de la mar» (Mat. xviii, 3, 6). Y de su propia niñez, de la preñadísima niñez, del Maestro, sólo nos dice el Evangelio que el niño crecía y fortalecía y se henchía de sabiduría y la gracia de Dios era sobre él (Luc. ii, 40); sin más detalles, ni prolijas noticias acerca de su niñez; protégela y la emboza el misterio. Y es que es la niñez el santuario del misterio. Ante un niño se abren los caminos de la vida en el crucero de donde irradian y se separan ellos; al tomar uno cualquiera, renuncia á los demás todos y nunca podrá desandar lo andado; su reino es el porvenir, único reino de libertad. Así es que el alma reflexiva se sume en más hondo pesar ante el cadáver de un niño que junto al de un héroe que cumplió sus hazañas y no hay más terrible misterio moral que el



implicado en la creencia del limbo, si no es el de los pobres niños crucificados sin culpa en la pena. Nada angustia más el pecho á todo bien nacido que el ver á esos pequeñuelos desmedrados y enclenques, que nacieron con el veneno de la muerte en el meollo, y en la pesadumbre de cuyos ojos amortecidos se vislumbra el asco de una vida, á la que, no bien encetada, se le afloran las heces, y la morriña de la eternidad.

Es menester despertar y avivar el culto á la infancia y el respeto al niño, ese respeto á que se les falta cuando se les toma de medio para satisfacer vanidades paternas ó de juguete para divertirse con ellos.

Conservemos nuestra niñez y si, por desgracia, la hubiéramos perdido, vayamos á buscarla al fondo de nuestra alma, á reconquistar el paraíso perdido.

Y ¡qué pronto se aja la flor! ¡qué pena ver mustias más tarde las flores y ahornagadas las hojas de la niñez cuando los chubascos pusieron al descubierto sus raicillas, arrastrando el mantillo que las ampara! ¡qué pena ver desecada la lozana imaginación del niño, se soberano poder de jugar con el mundo, sin levantar barreras entre la vela y el sueño! ¡que dolor ver sustituido su sencillo y espontáneo mentir, el mentir que desconoce el valor de la verdad, verlo sustituido por la mentira reflexiva y estudiada, por la mentira social que se le inculca en el alma á la par que otros venenos en el cuerpo! ¡qué lástima ver á la voluntad antes virgen ahora no ya enderezada por espíritu de ley, sino agarrotada por su letra!

Mientras no salen de su sábado, para entrar en su soñado domingo de la juventud, unos á otros se prestan niñez los niños y la fecundan, y esto es lo que debemos fomentar en ellos los adultos. Y aquí quiero exponeros una idea que de largo tiempo ha viene bulléndome en la mente y es que si la sociedad patria debe convertirse en escuela, toda escuela ha de ser también una verdadera sociedad, una pequeña patria. Voy á explicároslo.

Cuando remonto con el recuerdo el curso de mi vida y así arriba á mi niñez, púntaseme la escuela en que aprendí á leer, escribir y contar, con los rudimentos de ciencias y humanidades, allá en un camaranchón de bohardilla, como morada de una sociedad henchida de jugo y de savia. Aun aparte de las influencias de la sociedad envolvente, de la sociedad general en que vivíamos, producíanse en el gremio infantil los fenómenos todos que en una sociedad se producen, aunque reducidos y en pequeño. Había su derecho consuetudinario y no escrito, es claro, y recuerdo muy bien sus mandatos y fórmulas, por que al modo de lo que en el derecho romano acontecía, era en nuestro derecho infantil dominante el formularismo. Así, por ejemplo, la simple cesión de un objeto, la donación sencilla, sin otra ceremonia, daba derecho á exigir su devolución apenas rota por cualquier rencilla la amistad entre donante y donado, mientras la entrega formal y solemne, con aque-

Santa Rita, la bendita  
lo que se dá, no se quita  
con papel y agua bendita  
en el cielo estás escrita,  
si me lo quitas, ya verás,  
en el infierno pagarás,

no dejaba lugar á devolución alguna. Y luego los ritos con que se pactaba la asociación para «jugar á partes» cuando se cogían de las diestras los contratantes y un tercero partía con la suya el lazo; y la solemne fórmula del juramento, y las reglas sobre quien era el dueño de un objeto primero visto por uno y cogido primero por el otro, y otras acciones más. Y si del derecho pasamos á la literatura, no carecíamos de ésta, sin contar, es claro, los productos infantilizados, y nada infantiles, que se nos metían, de adultos que al producirlos habían olvidado su niñez. Y para el comercio nos servíamos, á guisa de moneda, de los santos, figuras ó vistas—que con estos nombres se les conoce á los cromos de las cajas de fósforos—y ese Comercio adoptaba curiosas formas en trueques, retrueques, cambalaches y préstamos. Recuerdo también la impresión que la naturaleza viva hacía en nosotros, niños urbanos, y el anhelo con que íbamos á la landa verde y el religioso prestigio con que se nos imponía el mundo de los vivientes y las mil fábulas á cuenta de bicharrajos, avechuchos y alimañas. Y luego las peleas entre los de este barrio y los del otro, y en ellas combinaciones estratégicas y hasta políticas. Y el código del honor infantil, que también le había, con las caballerescas reglas en que había de cumplirse toda cachetina y la generosidad que del vencedor se exigía, luego que el vencido, conminado por el «¿te rindes?» se confesaba tal. Y es también entre los niños donde hay que estudiar como brota el caudillaje, pues el cacicazgo es el modo natural de organizarse toda sociedad infantil, sea de niños ó de adultos. Hay que ver el benéfico influjo que ejerce el gallito de la calle, el mandón, en especial sobre aquellos que rindiéndole pleito homenaje, se ponen bajo su amparo.

Claro está que estos asomos civiles se forman en gran parte por remedo de la sociedad general ó envolvente, pues los niños recuerdan á los grandes, pero así por imitación, se forma y desarrolla toda sociedad, y en las de los niños, aún imitando, obra una espontaneidad que cuando no crea, modifica y trasmuda lo imitado, produciendo un derecho, una religión, una literatura, una política, un comercio, una industria y así de las demás manifestaciones humanas. Los niños, cuando se reúnen, forman un esbozo de comunidad civil, con los caracteres todos de tal, y así como se hacen en las prácticas de las Normales biografías pedagógicas de los niños, podrían hacerse verdaderos estudios de sociología infantil pedagógica.

Y mil veces me he preguntado á tal respecto si aparte de las necesarias disciplinas que hay que transmitirles al recetarlos para la vida social, no sería acaso la mejor educación, sobre todo cívica, que pudiera dárseles, la de atisbar esos gérmenes sociales, observarlos y ayudar su desarrollo, empujar el progreso de esa incipiente sociedad sin quebrantarla con intrusiones de soberano, obrando no ya sobre cada niño en particular, ni sobre el conjunto de ellos como sobre mero agregado, sino sobre la comunidad orgánica que forman, ejerciendo una verdadera pedagogía social y convirtiéndose el maestro no en rey absoluto, sino en poder director y molerador de la república de los niños, y no para violentarla llevándola por caminos trazados á compás y regla por los adultos.



sino para apresurar y enderezar el natural proceso de ella. Lo que en los manuales de pedagogía se llama enseñanza mútua tiene un alcance mucho mayor del que suele dársele y no me refiero á los instructores encargados por el maestro de repasar las lecciones á sus compañeros, en corrillos escolares, si no más bien á la que espontáneamente surge así que dos niños se ponen en trato y al habla. Pues si en mitad del campo se les presenta una cuestión, dirímenla ó á cachete limpio, ó por engaño del uno merced á la superior astucia del otro, ó por convenio y para arreglarla ellos se las componen mejor que nadie y juzgo toda intervención, tras de inoportuna, en el fondo injusta.

Me he preguntado también si no es una torpeza tomar á los niños como blanca arcilla que modela el alfarero, y sobre tal base ejercer en ellos violencias, como la de ahogar el caudillaje de los que resultaren cabecillas, en vez de favorecerlo y dignificarlo, á la vez que se alienta y da valimiento á los hipócritas y adúladores, á los engaitadores y pelotilleros, á esos niños modositos y caza-premios en quienes acaba por anidar la envidia, más si se les azuza con el dañino aguijón de emulaciones competenciales y rivalidades. Mal correrá en la vida aquel á quien se le ha enseñado á mirar si corre más ó menos que él su vecino.

Natural es que no se deje á los niños abandonados á sí mismos, pero la educación de su comunidad depende más aún que de maestros dedicados á ella, del influjo de la sociedad envolvente, de la atmósfera moral en que respiren. La inmoralidad es contagiosa y es un error que las concusiones, los abusos de autoridad, las corruptelas, la indisciplina y la hipocresía sociales no lleguen, como peste pegadiza, á afectar á los niños. Por sutil respiración espiritual absorbe el niño la maleza ambiente y en ella se empapa. Cada mirada de sentimiento impuro, de odio, de envidia, de desprecio ó de lujuria, es como si dejara en su carrera un invisible hilo de impureza y al cruzarse y entrecruzarse estos hilos, traman una red, en cuya invisible espesura tropiezan las almas vírgenes, ensuciándose y sofocándose en su vuelo. La escuela del niño es la sociedad toda y ¡ay del país en que haya que aislarle de ella para que no se corrompa y hay que guardarle de la calle! ¡ay del huerto en que se haga menester una estufa para criar allí los tiernos brotes y trasplantarlos luego!

Pero ¿qué más, si en la conducta misma que para con ellos se observa empieza lo más pestilente de la pestilencia y se vé más al descubierto que en parte alguna la gangrena que corroé á nuestro actual estado social? Porque el mayor desconsuelo que este estado encierra, lo más grave de la cuestión llamada social y sobre lo que no sé haya nadie parado mientes lo bastante, es que los más de los padres tengan que desatender á sus hijos para ganar con qué mantener á éstos y mantenerse ellos y los atiendan quienes lo hacen de oficio para tener así con qué mantenerse. Y no es esto lo peor, sino que los otros, los que no necesitan trabajar para mantenerlos, los desatienden también para holgar á sus anchas en pasatiempos, devaneos y distracciones, y los entregan á manos mercenarias ó los mandan á algún encopetado colegio para que no estorben en casa y dejen en paz á sus padres. Fijaos en esto bien, ¡que dejen en paz á sus padres!

Y así los descastan y al descastarlos, arruinan el hogar, que no es hogar fuerte si á diario no lo fortifica aliento de niños. Pocas cosas se parecen más en el fondo que ciertas familias de magnates y las familias de los gitanos. Una de las principales causas, acaso la más íntima, de la decadencia romana, fué que los ricos patricios entregaron sus hijos á pedagogos de alquiler, á esclavos; que el servilismo educó á los tiranuelos holgazanes.

Tiempo hubo en que Rousseau puso en moda el que las madres amamantaran á sus hijos, rechazando las nodrizas que por no ajarse, ó por más bajo motivos aún, alquilaban; pero aún no se ha puesto ni siquiera en moda el que rechazando maestros de alquiler también, les amamanten con los primeros saberes sus madres mismas y para este oficio se preparen. Y vele aquí por qué hay quien opina que sería lo natural que el hombre aprendiese lo más práctico y técnico, para trabajar en ganarse el sustento, y la mujer lo más elevado, puro y de superior cultura, para educar á sus hijos. Y así dicen que en los países más cultos la flor de la cultura, lo que embellece y alegra la vida y anima á vivir y soñar, va yendo á manos de las mujeres y que es nuestra mayor desgracia que la mujer sea entre nosotros más ignorante aún que el hombre, con saber éste tan poco. La leche del espíritu, no rehuséis la metáfora, la leche del espíritu, la flor de la cultura, la ciencia y el arte, en cuanto elevadores de la mente, opinan muchos, que tendrán que ir á parar á las mujeres y que ellas las transmitirán de niños á niños, quedando á los hombres, según éstos, el luchar con la naturaleza y hacerla servir á la satisfacción de nuestras necesidades. Mas sea lo que fuere de esto que como opinión ajena doy, lo cierto es que es la mujer, la principal hacedora de las entrañas sociales y lo peor de la nuestra es que dormita en un lecho de ignorancia, de superstición y de prejuicios, educándose más para monja ó para novia que para madre. En cuanto á los padres, el ganarse la vida ó el ganarse aplausos los embarga.

Hay ya, por fortuna, quienes no contentos con medianeros entre ellos y su Dios, quieren tratarle derechamente y corazón á corazón, en culto interno, siendo sacerdotes por sí mismos y recibiendo por sí al Espíritu; pero aun apenas ha soplado la reforma pedagógica, la que suprima el medianero entre la humanidad y cada hombre, el sacerdote ungido para transmitir el legado de la cultura, sino que cada padre haga de su hogar así como un templo, así también una escuela, y él mismo dé á comulgar á Dios y dé á comulgar á sus hijos el legado de la cultura humana. Y mientras así no pueda ser, no cabe hablar del derecho de los padres á proveer á su antojo á la educación de sus hijos por medianero á quien le entregan movidos de ignorancia y de prejuicios.

¡Espectáculo preñado de enseñanza el que nos dá quien, por dirigir á un pueblo, abandona la dirección de sus propios hijos, y dá á éstos un beso de prisa y de compromiso para ir á cosechar palmadas! Figuraos una sociedad acabada, en que estuviesen vencidas el hambre y la vanagloria, que es hambre también, hambre espiritual; en que no hubiese ni luchas por el sustento, ni luchas de envidia, ni codicia, ni soberbia, y ¿cual otra sería su principal tarea sino la de educar á sus hijos ni



de cuál otra sacarían más deleite y contento espiritual, ya que de criarlos los saca carnal toda especie de vivientes? ¿Qué acerca al hombre más al Criador y le hace ser más perfecto, como es este perfecto, que el hacer hombres á imagen de Dios, el ideal de la humanidad?

En resolución, pues, tendamos á hacer de la escuela un bosquejo de sociedad civil, de patria, y de ésta una extensión de la escuela, más aprovechando como en aquella sus naturales tendencias y no forzándola á entrar por caminos que no le sean propios. Pues lo mismo para uno que para magisterio, para dirigir y gobernar una comunidad escolar de niños, como para adoctrinar á la escuela que es la patria, necesitase ante todo y sobre todo conocerlas. La enseñanza es un continuo aprendizaje.

Y quiero, á este respeto, señalar aquí, antes de callarme, que va á ser enseguida, un nuevo campo de acción á los maestros de escuela, y es el estudio de nuestro pueblo, pues por la posición que ocupan nadie mejor que ellos lo puede aprender. Lenguaje popular, creencias y supersticiones, costumbres y hábitos, fiestas, maneras de vivir y sentir la vida, cantares, consejos y leyendas, derecho consuetudinario, medicina casera, todo género, en fin, de vida íntima, de persistencia de infancia social, son los maestros de escuela los más llamados á dárnoslo á conocer. Que sepamos como vive y piensa y sueña y trabaja y canta y siente nuestro pueblo y sus instintos radicales y primarios; que nos conozcamos antes de ponernos á corregirnos, pues no hay más corrección arraigadera que la que sobre el propio conocerse descansa.

No se levanta edificio alguno duradero sino sobre inquebrantables cimientos, y para elevar el edificio de nuestra cultura, tenemos que asentarlo sobre la roca viva de las tradiciones populares, de nuestro íntimo modo de ser, de nuestra niñez social y colectiva. Hay, por lo tanto, que ponerla al descubierto, removiendo el terreno que la cubre, la capa de escombros, cascotes y escoriales, de tierras de aluvión, que la historia ha ido dejando sobre ella; hemos de recibir la cultura sobre nuestra infancia.

Mas no por buscar cimientos de niñez social, hemos de dejar de trabajar en el acarreo de materiales, ni en la talla de sillares, ni en la fragua del cemento y no falta alguna razón á los que opinan que lo urgente es hacer cultura, sea la que fuere, y dejar que ella, por natural acomodo, vaya asentándose. Pero la una cosa no echa fuera á la otra, sino que todos trabajan para bien de la patria, los que traen materiales y los mampostean y los que cavan cimientos. El punto está en trabajar por la cultura patria. ¿Con qué orientación? No importa.

Cuando el ave peregrina quiere emigrar, primero se remonta, sube y más sube hasta dominar dilatadas lontananzas, y entonces, tras brevisimo ojeo, parte flechada; bástale tender la vista para orientarse. Así hoy por hoy, lo que nos cumple es remontarnos y abondar, levantar la fuerte torre sobre fuertes cimientos, escalar el cielo y luego encumbrados á la pingorota, con solo echar desde ella un vistazo al campo, avistaremos nuestra tierra de promisión. Estudiar, sea lo que fuere, que todo es bueno, y comunicarnoslo todo los unos á

los otros, que de esta comunión nace amor; comprender que nada hay que no deba saberse; romper todo índice expurgatorio; perder el miedo á las ideas, y darnos cuenta de que cuanto menos se estudia hace más daño lo poco que se estudiare, y esperar. Hagamos como el niño que en realidad nada se propone ni ansia sino hacerse mayor, adulto, medirse con los mayores y hombrear, llegar á su padre.

Y en todo caso, hagamos, os lo repito, de la patria una escuela y de cada escuela una patria. Son hoy mis últimas palabras y con ellas y el encareceros mi agradecimiento por la atención con que me habeis oído, doy por terminado este acto

## SECCION OFICIAL

### Ministerio de Instrucción Pública Y BELLAS ARTES

*Subsecretaría.*—Excmo. Sr.: Visto el oficio de V. E. fecha 17 de Junio próximo pasado, en el que consulta á qué Maestro debe ser satisfecho el importe del material cuando las escuelas han estado servidas por varios durante el trimestre ó semestre á que los pagos corresponden, esta Subsecretaría, conforme con la interpretación legal expuesta por V. E. en aquel oficio, debe manifestarle que el material de primera enseñanza consignado en el presupuesto de este Ministerio debe ser aplicado á satisfacer las atenciones de la escuela, y no pertenece á la personalidad de los Maestros; y que, por tanto, los pagos de las consignaciones deben hacerse por los Habilitados á los Maestros que desempeñen la escuela el día en que haya de efectuarse el pago, y éste cuidará de satisfacer á los que le hayan precedido en el desempeño de la escuela los gastos que legalmente hubieren efectuado, previa entrega de los justificantes que todo Maestro debe dejar preparados y dispuestos para que puedan ser figurados en las cuentas por el que esté obligado á rendirlas ante esa Junta provincial, quien ha de juzgar si merece ó no la aprobación, cuando sean rendidas por el Habilitado.

Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 2 de Julio de 1903.—El Subsecretario, *Casa Laiglesia*.—Sr. Gobernador, Presidente de la Junta provincial de Instrucción pública de Madrid.

## CRONICA PROVINCIAL

*Exámenes.*—Como resultado de las celebradas últimamente en las escuelas públicas de Cabriñas á cargo de don Arsenio Polo Valverde y doña Abdulia Gomez Herrero, y teniendo en cuenta los excelentes resultados obtenidos en la enseñanza por tan laboriosos Profesores, la Junta local de dicha villa ha acordado solicitar del Excmo. Sr. Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, sean agraciados dichos Profesores como premio á su laboriosidad y constancia en el trabajo, con la cruz de Alfonso XII creada para premiar esta clase de servicios en beneficio de los niños de precitado pueblo de Cabriñas. Reciban, pues, nuestra más cordial enhorabuena referidos Profesores.



**Necrología.**—Ha fallecido á la edad de 77 años Doña Juana González Carpio, Maestra, que fué de Sepulcro-Hilario.

Descanse en paz, á la par que rogamos al Eterno por el bienestar del alma de la finada.

### CORRESPONDENCIA Y CONSULTAS

Tremedal. Sra. D.<sup>a</sup> M. R.—Recibidas las cuentas.

Calzada de Valdúciel. Sr. D. J. J. V.—Recibidas las cuentas.

Trabanca. Sr. D. M. H. M.—Recibidas las cuentas.

Peralejos de Abajo. Sr. D. J. M. C.—Recibidas las cuentas.

Villaflores. Sra. D.<sup>a</sup> R. A.—Idem Idem. El pago á que se refiere lo harán para Enero del próximo año.

Fuenteguinaldo. Sr. D. A. G.—Recibidas las cuentas.

Villar de Puerco. Sr. D. V. G.—Idem, idem.

Mancera de Abajo. Sr. D. M. G.—Recibidos los documentos.

Ceno (el). Sr. D. M. P.—Recibida su última y las cuentas.

Sahelices el chico. Sr. D. I. P.—Idem, las de las dos escuelas.

Alamedilla. Sr. D. B. B.—Idem, idem.

Fuenteguinaldo. Sra. D.<sup>a</sup> V. S.—Idem, idem.

Villar de Ciervo. Sr. D. J. S. R.—Idem, idem.

Martín del Rio. Sr. D. J. F. S.—Recibido los justificantes.

Abusejo. Sr. D. T. P.—Recibidas las cuentas.

Encinas de Abajo. Sr. D. J. L. C.—Idem.

Tejado. Sr. D. M. H.—Idem.

Villaseco de los Reyes. Sr. D. P. M. P.—Idem.

Guadapero. Sr. D. A. H.—Queda atendida su reclamación.

Gejo de los Reyes. Sr. D. R. I.—Recibidas las cuentas.

Villar de Puerco. Sr. D. V. G.—Recibidas las cuentas. Se le complacerá en el número próximo.

Aldea del Obispo. Sr. D. I. M.—Recibidos los documentos y entregados en su destino.

Alba de Yeltes. Sra. D.<sup>a</sup> F. P.—Recibida su última y las cuentas.

Herguijuela de la Sierra. Sr. D. M. R.—Recibidos los documentos.

Almendra. Sr. D. T. L.—Recibidas las cuentas.

Martillán. Sr. D. E. A.—Recibida su última y documentos.

Carasco. Sr. D. S. R.—Idem, idem.

Maillo. Sr. D. A. C.—Recibidos los documentos.

Cabeza de Béjar. Sres. D. N. P. y M. del S.—Recibidas las cuentas.

Barba de Puerco. Sr. D. L. A.—Recibidas las cuentas.

Palacios Rubios. Sra. D.<sup>a</sup> R. M.—Idem, idem.

Cantalpino. Sr. D. M. C.—Idem, idem.

Villarmayor. Tr. D. A. H.—Idem, idem.

Sotoserrano. Sra. D.<sup>a</sup> A. M.—Recibida su última y documentos.

Sanchón de la Sagrada. Sr. D. J. L.—Recibidas las cuentas.

Corporario. Sr. D. F. H.—Recibida su última y documentos. Se cumplimentó su encargo.

Castillejo de dos Casas. Sr. D. R. de R.—Recibidas las cuentas. Se le manda el número que pide.

Tenebrón. Sra. D.<sup>a</sup> M. N.—Recibidas las cuentas.

Navasfrias. Sra. D.<sup>a</sup> P. G.—Idem, idem.

Sexmiro. Sra. D.<sup>a</sup> A. G.—Idem, idem.

Veguillas. Sra. D.<sup>a</sup> M. J.—Recibida su última y documento.

Sahugo. Sra. D.<sup>a</sup> D. D.—Recibidas las cuentas.

Ledesma. Sra. D.<sup>a</sup> C. S.—Idem, idem.

Navalmoral. Sra. D.<sup>a</sup> H. M.—Idem, idem.

Alba de Yeltes. Sr. D. J. F. F.—Idem, idem.

Zamarra. Sra. D.<sup>a</sup> M. R.—Recibidas las cuentas. Tiene que hacerlas nuevamente con arreglo á los modelos que la ley previene.

Sierpe. Sr. D. J. de C.—Recibidas las cuentas.

Golpejas. Sr. D. D. R.—Idem, idem.

Valverde de Valdelacasa. Sr. D. A. G.—Se entregaron los documentos en su destino.

Pastores. Sra. D.<sup>a</sup> E. M.—Recibida las cuentas.

Arroyomuerto. Sr. D. B. G.—Idem.

Payo. Sr. D. A. C.—Idem.

Colmenar. Sra.<sup>a</sup> J. G.—Idem.

Villar de la Yegua. Sr. D. B. S.—Idem.

Carpio de Azaba. Sra. D.<sup>a</sup> A. M.—Idem.

Nava de Sotrovaí. Sr. D. E. V.—Idem.

Agailas. Sr. D. C. G.—Idem. Si lo están.

Alconada. Sr. D. A. P.—Idem.

Morasverdes. Sra. D.<sup>a</sup> E. C.—Idem Idem. Tiene V. que proceder á hacer otras que vengan niveladas pues las que manda no sirven.

Cubo de Don Sancho. Sr. D. H. S.—Recibidas las cuentas y demás documentos que se entregaron en su destino.

Alamedilla. Sra. D.<sup>a</sup> B. M.—Recibidas las cuentas.

Abusejo. Sra. D.<sup>a</sup> J. S.—Idem.

Aldeadávila de la Rivera. Sr. D. G. G.—Se le contesta por el correo.

Robleda. Sr. D. M. P. G.—Idem.

Ciudad Rodrigo. Sra. D.<sup>a</sup> M. S.—Recibidos los documentos.

Castraz. Sra. D.<sup>a</sup> C. C.—Idem Idem.

Barquilla. Sra. D.<sup>a</sup> P. P. P.—Idem Idem.

Ciudad Rodrigo. Sr. D. J. M. G.—Idem Idem.

Villasrubias. Sra. D.<sup>a</sup> J. M.—Idem Idem.

Barbalos. Sr. D. J. M.—Idem Idem Idem.